

JOAN CODERCH

LA RELACIÓN PACIENTE-TERAPEUTA

El campo del psicoanálisis
y la psicoterapia psicoanalítica

Prólogo de JOANA M. TOUS

Herder

Diseño de la cubierta: Michel Tofahrn

© 2012, Fundació Vidal i Barraquer

© 2012, Herder Editorial, S. L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-3083-1

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Imprenta

Depósito legal: B-00.000-2012

Printed in Spain – Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

A mi esposa, y a Núria, Miquel, Joan, Laia y Miki.

ÍNDICE

Prólogo, <i>Joana M. Tous</i>	11
Introducción	19

CAPÍTULO I LAS REPERCUSIONES DE LA CULTURA CONTEMPORÁNEA EN EL PENSAMIENTO PSICOANALÍTICO

1. <i>Los cambios culturales y la relación paciente-analista</i> ...	29
2. <i>Elementos que inciden en la modificación y evolución de las teorías psicoanalíticas</i>	30
2.1. <i>Causas externas y causas internas</i>	30
2.2. <i>Concepto general de la posmodernidad</i>	32
2.3. <i>La posmodernidad como una modernidad sin falsas ilusiones</i>	45
2.4. <i>El pensamiento posmoderno en el psicoanálisis</i> ...	50
2.5. <i>Otros comentarios en torno a la orientación posmoderna en psicoanálisis</i>	56
3. <i>El psicoanálisis y las corrientes filosóficas contemporáneas</i> ...	62
3.1. <i>Perspectiva general</i>	62
3.2. <i>Los «juegos de lenguaje» de Ludwig Wittgenstein</i> ...	66
3.3. <i>La teoría de la verdad como correspondencia y la teoría de la verdad como coherencia</i>	70

4. <i>Las transformaciones de las teorías psicoanalíticas</i>	76
4.1. <i>Perspectiva general</i>	76
4.2. <i>Cambios en la intelección de la transferencia</i>	80
4.3. <i>La repercusión de los estudios acerca de la relación niños-padres</i>	82
4.4. <i>Modificaciones en las metas de la terapéutica psicoanalítica</i>	84

CAPÍTULO II

EL OBJETIVO DE LA RELACIÓN PACIENTE-TERAPEUTA: EL CAMBIO PSÍQUICO

1. <i>Introducción al problema del cambio</i>	88
2. <i>El concepto de estructura</i>	94
3. <i>Dificultades que plantea la noción de cambio psíquico</i> . . .	101
4. <i>Las modificaciones estructurales</i>	103

CAPÍTULO III

LA RELACIÓN PACIENTE-ANALISTA COMO UNIDAD BÁSICA DE INVESTIGACIÓN

1. <i>La teoría relacional</i>	124
1.1. <i>Antecedentes históricos</i>	124
1.2. <i>Matices fundamentales del psicoanálisis relacional</i> . . .	126
1.3. <i>Modificaciones conceptuales desde la perspectiva del psicoanálisis relacional</i>	130
2. <i>Interacción</i>	132
2.1. <i>La interacción como hecho psíquico fundamental en la relación analítica</i>	133
2.2. <i>La teoría interaccional del psicoanálisis</i>	139
3. <i>De la psicología de una persona a la psicología de dos personas</i>	142
3.1. <i>Antecedentes y circunstancias condicionantes</i>	142
3.2. <i>El impacto de la personalidad del analista</i>	144

3.3. <i>La dialéctica psicología de una persona/psicología de dos personas</i>	148
--	-----

CAPÍTULO IV LA EMPATÍA EN EL DIÁLOGO PSICOANALÍTICO

1. <i>Concepto general de empatía</i>	167
2. <i>La perspectiva empática: escuchar desde la mente del paciente</i>	170
3. <i>Las distintas posiciones desde donde el analista escucha</i> ...	172
4. <i>La mutua empatía</i>	175
5. <i>Empatía, simpatía e intersubjetividad</i>	175
6. <i>El problema de la neutralidad</i>	178

CAPÍTULO V LA INTERSUBJETIVIDAD EN LA RELACIÓN PACIENTE-ANALISTA

1. <i>El nacimiento de la perspectiva intersubjetiva en el pensamiento psicoanalítico</i>	195
2. <i>Interacción e intersubjetividad</i>	201
3. <i>La vivencia intersubjetiva como condición básica para la experiencia de la propia subjetividad</i>	203
4. <i>La existencia de estructuras profundas innatas</i>	206
4.1. <i>Las estructuras profundas y la matriz relacional</i> ...	206
4.2. <i>La interacción madre-bebé</i>	211
5. <i>La comunicación intersubjetiva y el pensamiento kleiniano</i>	212
6. <i>La dialéctica reconocimiento versus destrucción del otro</i>	214
7. <i>El objetivo del psicoanálisis desde la perspectiva de la intersubjetividad</i>	218

CAPÍTULO VI DIÁLOGO Y COMUNICACIÓN EN EL PROCESO PSICOANALÍTICO

1. <i>Interés de la filosofía del lenguaje para el psicoanálisis . . .</i>	221
1.1. <i>El lenguaje como comunicación y acción</i>	221
1.2. <i>La doble estructura de los actos de habla.</i>	227
2. <i>La búsqueda de acuerdo y consenso en el diálogo analítico</i>	229
2.1. <i>Un diálogo en el que siempre existe la posibilidad de que el otro tenga razón</i>	229
2.2. <i>La mutualidad en la relación analítica</i>	237
2.3. <i>Mutualidad de regulación y mutualidad de reconocimiento.</i>	241
3. <i>La negociación en el diálogo analítico.</i>	242
3.1. <i>La negociación del nivel de relación</i>	242
3.2. <i>La negociación de la regla de abstinencia</i>	246
3.3. <i>La negociación de objetivos y metas</i>	248
Bibliografía	261

PRÓLOGO

Creo que todos estaremos de acuerdo en considerar que los efectos terapéuticos del psicoanálisis descansan en dos pilares fundamentales: la interpretación y la relación. Ya resulta más discutible, y éste es un tema de gran actualidad, cuál de los dos resulta ser el agente terapéutico principal. Coderch está plenamente implicado en esta cuestión, ya que el libro que nos presenta, centrado en el estudio de la relación, viene a continuar y a complementar su anterior publicación: *La interpretación en psicoanálisis* (1995).

Coderch comienza este libro diciendo que no se es analista porque se conozca la mente humana, sino que el anhelo por conocerla y el hecho de no llegar nunca a alcanzar plenamente tal conocimiento es lo que nos hace psicoanalistas. La larga y continuada relación con nuestros pacientes nos enfrenta con inesperadas situaciones que nos plantean cuestiones y preocupaciones a las que intentamos dar respuesta, pero cada supuesto avance conlleva, sin duda, una gratificación, a la vez que nos confronta con nuevas preguntas e interrogantes. En este sentido contemplo la obra de Coderch, y pienso que cada una de sus publicaciones es un intento de dar respuesta a las múltiples cuestiones que comporta el conocimiento del funcionamiento mental. En su primer libro, *Psiquiatría dinámica* (1975), se interesó por la patología mental considerada desde la perspectiva psicoanalítica. La temática de su segundo libro, *Teoría y técnica de*

la psicoterapia psicoanalítica (1987) se centra en la aplicación del psicoanálisis a la psicoterapia de los trastornos psíquicos. El tercer libro, al que ya he hecho referencia, trata con profundidad la interpretación, haciendo hincapié en áreas de ésta más alejadas de los principios generales, áreas que en ciertos aspectos son más discutibles y con límites imprecisos pero que, al mismo tiempo y debido a ello, requieren una mayor experiencia personal y científica, y dan lugar a un mayor riesgo y creatividad al adentrarse en ellas. Personalmente, creo que Coderch, al finalizar el libro sobre la interpretación, tenía ya en su mente dudas e interrogantes que abrieron el camino para escribir el libro que ahora nos presenta. Aunque pueda ser algo simplista querer resumir en pocas palabras el paso que acabo de exponer, diría que el autor ha sentido la necesidad de ocuparse detenidamente del sujeto receptor de la interpretación e investigar también qué papel desempeña la participación del emisor para, de este modo, ocuparse del intercambio terapéutico.

Resulta evidente que tomar en consideración la relación paciente-terapeuta es profundizar en algo que ha estado presente desde siempre, aunque más o menos reconocido. No obstante, en estos momentos se trata de un tema de rigurosa actualidad, y al adentrarnos en la lectura del libro el autor nos descubre múltiples matices e implicaciones y nos muestra que dicha relación tiene un carácter mucho más complejo y activo de lo que se había considerado hasta ahora. La relación paciente-terapeuta comporta un ir y venir de información y mensajes, tanto verbales como no verbales, a los que hasta hace muy poco no se había conferido la importancia y atención suficientes, debido, en gran parte, a la influencia de la orientación positivista y neopositivista. En otras palabras, bajo la presión del método «científico», se exigía al terapeuta el papel de «observador» científico no implicado en aquello que estaba observando, posibilidad ésta que ya ha sido desechada por los científicos actuales.

A lo largo de este libro, el autor nos va mostrando cómo la pérdida de la confianza ciega en la racionalidad y el método científico, propia de la modernidad, abre las puertas a la posmoder-

nidad, movimiento filosófico, sociológico y cultural que hoy en día ejerce gran influencia en numerosos psicoanalistas, que cuestionan muchos principios del psicoanálisis, especialmente los conceptos de transferencia y de neutralidad, con las consiguientes repercusiones en la técnica.

Las consideraciones del autor nos invitan a abandonar la idea simplista de la existencia de una técnica psicoanalítica. He de subrayar en este sentido que, a lo largo del presente volumen, Coderch evita el uso del término «técnica» y adopta el de «práctica» para, de esta manera, huir de los formalismos y de los métodos repetitivos y programados propios de la técnica, una de cuyas finalidades es la de eliminar o reducir al mínimo la perspectiva particular de cada persona.

Quiero resaltar que el libro de Coderch, aun cuando aborda diferentes temas que, al menos *a priori*, podría considerarse que no presentan una estrecha correlación entre ellos, consta de un hilo conductor que los une, y éste no es otro que la relación paciente-terapeuta, que el autor estudia desde distintas perspectivas y aproximaciones. Por ello, pienso que este libro, como ya he esbozado anteriormente, muestra la evolución que ha seguido el pensamiento psicoanalítico, pero también la evolución personal y científica del propio Coderch. Con esta obra, el autor nos muestra un conocimiento profundo de las aportaciones de las diversas corrientes de pensamiento actuales dentro del campo psicoanalítico, circunstancia que le permite presentarnos una síntesis de las características más peculiares de esas orientaciones, sus confluencias y sus discrepancias, lo que faculta al lector para adentrarse en temas muy actuales, a veces arduos y de comprensión difícil, pero cuyo estudio es indispensable si queremos conocer los conceptos y avances de la investigación psicoanalítica actual. Su profunda formación le proporciona una sólida base y libertad para afrontar las nuevas corrientes de pensamiento con una actitud receptiva pero también crítica, y ello da como resultado el hacer más comprensibles para el lector dichas tendencias y lo que ofrecen de nuevo. La exposición teórica se ve enriquecida y facilitada por la presentación de ma-

terial clínico, extenso y detallado, con el que se ilustra la mayor parte de los temas desarrollados.

Como un adelanto a la lectura, quiero destacar algunos puntos. El primer capítulo, en el que el autor se ocupa de los movimientos sociológicos, culturales y filosóficos —especialmente en lo que se refiere a la posmodernidad— que están influyendo en el pensamiento psicoanalítico, es quizás, según mi modo de ver, el de más difícil lectura debido a la complejidad del tema, pero de enorme interés para comprender los siguientes. El autor nos ofrece su elaboración de las corrientes filosóficas que conforman el panorama actual, subrayando principalmente el interés del pensamiento posmoderno, el deconstructivismo y el postestructuralismo, y muestra su influencia en algunas de las orientaciones psicoanalíticas actuales y en la relación paciente-terapeuta. Gran parte de los pensadores posmodernos, a diferencia de los de la modernidad, no consideran el *self* como una entidad diferenciada y estable, sino que defienden una concepción pluralista del mismo y, de manera similar, tampoco su idea del mundo externo es unitaria, ya que contemplan la existencia de diversas perspectivas para explicar la realidad. Coderch se ocupa con cierta amplitud del pensamiento posmoderno afirmativo o positivo y muestra sus puntos de confluencia con el pensamiento kleiniano y también con las teorías de las relaciones de objeto.

Al ocuparse del problema del cambio psíquico, Coderch lo ve vinculado a la creación de estructuras secundarias y nuevas funciones durante el curso del proceso analítico, que inhiben las antiguas. Respecto a la controversia de si el agente terapéutico esencial que conduce al cambio psíquico es la interpretación, como tradicionalmente se ha considerado siempre, o la nueva experiencia de relación, el autor se inclina por una solución que engloba a ambos agentes, de manera que, en su opinión, la interpretación e *insight* de las fantasías inconscientes que envuelven la nueva experiencia de relación es lo que promueve los cambios psíquicos en el paciente. Gracias a ello, la relación paciente-terapeuta comporta la emergencia de nuevas funciones que sustituyen

yen a aquellas que se hallaban en la base de la perturbación psíquica del paciente.

Todo ello lleva al autor a centrar su atención no sólo en el paciente, sino que opina que también es necesario aportar a la relación lo que ocurre en la mente del terapeuta. Para Coderch, el psicoanálisis relacional, nacido de la confluencia de diferentes escuelas —seguidores de Klein, Fairbairn, Sullivan, así como diversos estudios sobre el desarrollo del niño—, no es una nueva teoría, sino que es más bien una nueva perspectiva o metateoría que enriquece las ya existentes. Aquí la piedra angular no son las pulsiones y sus vicisitudes, sino las relaciones con los otros; en este sentido, se da una menor importancia a la metapsicología y la problemática psicológica no se concibe en términos de conflictos entre diversas instancias psíquicas, sino en función de divergencias en las formas de relación. Conceptos como transferencia y contratransferencia siguen vigentes, aun cuando no se contemplan como simples distorsiones o puntos ciegos, sino como el resultado del impacto emocional que la interacción desvela. Se trata de nuevas experiencias plenamente compartidas, circunstancia que contempla que determinados elementos de la mente del paciente, provenientes del pasado, sean reactivados por la situación actual y por la participación del analista, el cual pierde, desde este punto de vista, la supuesta neutralidad que durante tanto tiempo se le había otorgado y exigido. La interpretación, los silencios, los gestos, etc., pasan a ser acciones que adquieren un sentido que produce un impacto en la mente del paciente. Coderch enfatiza que considera un error negar la importancia de estos factores, y que gran parte de nuestro trabajo como terapeutas debe centrarse en analizar su significado.

En el capítulo cuarto, el autor se ocupa de la empatía, concepto que, a mi entender, no podía ser obviado al estudiar la participación emocional del analista. Entiende que, en la empatía, el terapeuta considera la comunicación del paciente desde la perspectiva de éste y no desde la propia. Dicho de otra manera, la empatía consiste en escuchar desde dentro de la mente del paciente, circunstancia que permite al terapeuta captar los

cambios y variaciones emocionales que pasan desapercibidos cuando se hace una escucha desde fuera. Para Coderch la empatía es un proceso y no, como se ha descrito clásicamente, un acto de identificación momentánea. Una idea original del autor respecto a la empatía es que no la considera unidireccional del terapeuta hacia el paciente, sino que advierte de la necesidad de que el paciente empaticé, también, con el terapeuta. Esta bidireccionalidad comporta el reconocimiento, por parte de los dos protagonistas, de la subjetividad del otro. En este capítulo Coderch se ocupa, de manera amplia y profunda, del hoy en día cada vez más discutido concepto de neutralidad. Expone diversos aspectos de la relación terapéutica que plantean serios interrogantes acerca de la neutralidad del terapeuta. Entre ellos, el hecho de que desde el primer contacto con el paciente y en cada acto interpretativo el terapeuta selecciona, del total de las aportaciones de aquél, determinados aspectos de la comunicación, según su peculiar estilo y personalidad.

Todas estas reflexiones llevan a Coderch a ocuparse de la orientación intersubjetiva en psicoanálisis, la cual sostiene que los fenómenos psicológicos no pueden ser comprendidos aparte de los contextos intersubjetivos en los que toman forma. Nos muestra una amplia panorámica de los autores y corrientes que han contribuido al desarrollo de la intersubjetividad. Respecto a ésta, Coderch piensa que se da siempre que dos personas entran en contacto. Por relación intersubjetiva entiende un estado de evolución más avanzado, en el que cada uno reconoce al otro como un centro independiente de procesos psíquicos equivalentes a los del propio *self*.

Finalmente, quiero destacar que, en el último capítulo, el autor se ocupa del lenguaje en sus dos vertientes: comunicación y acción. Coderch piensa que el afán científico propio del positivismo y del neopositivismo nos ha llevado a valorar excesivamente la función descriptiva y argumentadora del lenguaje, con menosprecio de la función expresiva y apelativa, con lo cual se pierden gran parte de los matices de la interacción paciente-terapeuta. Me parece muy interesante su postura en

lo que concierne a las características del diálogo psicoanalítico, que, según su opinión, ha de fundarse en el deseo de construir un diálogo en el que siempre exista la posibilidad de que el otro tenga razón. Ello nos lleva a los conceptos de mutualidad y negociación en psicoanálisis. El autor destaca, de manera clara, la idea de que la relación paciente-terapeuta debe ser igualitaria aun cuando sea asimétrica. Igualitaria porque debemos reconocer a ambos la capacidad de búsqueda y reconocimiento de la verdad, y asimétrica porque desempeñan papeles distintos en la relación terapéutica.

Quiero acabar con una muestra de gratitud por todo lo que, a lo largo de su carrera científica, nos ha aportado el doctor Corderch y quiero, también, expresar el deseo de que el presente libro sea un estímulo para futuras contribuciones, tan útiles para todos los que trabajamos en el campo de la salud mental.

JOANA M. TOUS

Psicoanalista

Miembro de la Sociedad Española de Psicoanálisis
y de la Asociación Psicoanalítica Internacional

INTRODUCCIÓN

Desde el diálogo que somos, tratamos de acercarnos
a la oscuridad del lenguaje.

Hans-Georg Gadamer: *Verdad y método*

Dice Platón en el *Banquete* que ningún dios se dedica a filosofar. No es difícil averiguar las causas. Los dioses, eternos y ajenos a todo sufrimiento no necesitan filosofar. Somos los humanos, sujetos al dolor, a la ignorancia, a la ansiedad, a la radical temporalidad y a la muerte quienes intentamos aliviar nuestra angustia, nuestras dudas y los interrogantes que nos plantea nuestra existencia recurriendo a la filosofía. Similarmente, podemos decir que somos psicoanalistas porque no poseemos el conocimiento de la mente humana. Somos psicoanalistas porque no gozamos de tal conocimiento y, antes al contrario, sentimos la mente humana como un misterio profundo y siempre renovado que resiste a nuestros esfuerzos por saber, de manera que cada supuesto avance nos enfrenta con inesperadas preguntas y arduas cuestiones a las que debemos intentar hallar respuesta. Somos psicoanalistas porque conocemos que no sabemos. Y en este intento por conocer y hallar respuesta a los interrogantes que se nos plantean, utilizamos el método psicoanalítico basado en el diálogo.

La relación paciente-terapeuta es el fundamento sobre el que descansa toda terapéutica psicoanalíticamente orientada, ya sea psicoanálisis en sentido estricto o psicoterapia psicoanalítica. No deseo profundizar aquí en el hecho de que podría decirse lo mismo de gran parte de otras prácticas de ayuda psicológica, supuestamente apoyadas en otros modelos teóricos. Hoy en

día, no nos cabe ninguna duda de que la metodología que empleamos en la terapéutica psicoanalítica es una forma de potenciar adecuadamente la relación paciente-terapeuta, de manera que tal relación sea beneficiosa para el primero, aunque, en un sentido más profundo, podemos decir que lo es para ambos. Las interpretaciones que un terapeuta ofrece a su paciente no son nada en sí mismas si las consideramos aisladas de la relación. Un individuo aquejado de síntomas neuróticos, por ejemplo, puede aprender, en cualquier libro o curso de psicopatología dinámica, el significado y la génesis de sus síntomas sin que ello le sirva en absoluto para aliviar sus trastornos si no cuenta con una adecuada relación terapéutica. Tomando el caso por el otro extremo, la experiencia nos muestra que los pacientes, tratados psicoanalíticamente o con psicoterapia psicoanalítica, no sólo obtienen beneficios a través de las interpretaciones que se les ofrecen acerca de las situaciones de su mundo interno, sino también gracias a que su trato con el terapeuta les ha proporcionado un modelo de identificación, una nueva experiencia de relación, un mayor interés por la investigación de sus procesos mentales, una mayor tolerancia ante las dificultades externas e internas, una actitud dirigida hacia la autocomprensión, etc. Es decir, la relación en sí misma, desarrollada en un clima de libertad de expresión, franca aceptación, sinceridad, ausencia de toda crítica y enjuiciamiento así como de todo intento de seducción, unido todo ello a la constancia y regularidad en el ritmo de las entrevistas, fiabilidad por parte del terapeuta, interés incansable de éste por todo lo que se refiere a la vida mental del paciente, etc., posee una capacidad terapéutica en sí misma. Y esta capacidad, si las cosas van por buen camino, se suma al efecto ejercido por el contenido explicativo de las interpretaciones y por el acto de relación que ellas presuponen.

Como bien sabemos, esta relación paciente-terapeuta se desarrolla dentro de unas constantes, pactadas previamente, de espacio, tiempo, lugar, metodología básica, intercambio verbal, etc. Todo esto es lo que llamamos el *setting* o encuadre del tratamiento, de primordial importancia en toda terapéutica psicoa-

nalítica, tal como estableció Freud desde un principio. Ahora bien, importa destacar que, en el enfoque que podemos denominar tradicional, el *setting* se da por garantizado, es decir, se da por descontado que paciente y terapeuta establecen un acuerdo sobre las reglas de este marco o encuadre en el que ha de desarrollarse el tratamiento y su relación, y que a partir de ese momento lo único que cuenta es la habilidad del terapeuta para ofrecer las interpretaciones idóneas, por una parte, y la aptitud del paciente para asimilarlas, por otra. Pero en el momento actual —en gran parte debido a la mayor gravedad de los pacientes de los que nos ocupamos, entre los que abundan los trastornos importantes del carácter y del comportamiento— no opinamos así, y el *setting*, tanto en su sentido interno como en el externo, así como las interpretaciones que al mismo se refieren, se convierte en el foco central del tratamiento. Dicho de otra manera, percibimos que los conflictos y perturbaciones de los pacientes se exteriorizan, primordialmente, por su forma de afrontar el *setting* y su relación con el terapeuta. Por ello, sabemos que en cualquier terapéutica psicoanalítica la cuestión primordial estriba en proporcionar al paciente un espacio de relación que le permita pensar sus pensamientos, vivir sus sentimientos y restablecer la conexión con los aspectos disociados y perdidos de su *self*. Y la posibilidad de proporcionar este espacio depende, por encima de todo, de la idoneidad del terapeuta para establecer unas relaciones beneficiosas para el paciente.

A primera vista, puede parecer extraño hacer depender las relaciones personales de paciente y terapeuta de este conjunto de reglas y modos de proceder que denominamos *setting*. Pero la experiencia nos confirma que, en la mente del paciente, las constantes y regulares características del *setting* son vividas como una cualidad específica de su relación con el terapeuta. Esta concepción del marco terapéutico como el escenario donde se expresan los conflictos intrapsíquicos y los rasgos caracterológicos de los pacientes permite, a la vez, su comprensión como un espacio interpersonal en donde aquéllos pueden ser vividos y modificados, dando lugar al enfoque o modelo del pensamiento